

El Verbo se hizo carne

“Por su inmenso amor Él se ha hecho lo que nosotros somos, para darnos la posibilidad de ser lo que Él es”.

Adversus haereses,

San Ireneo de Lyon, (140-202 d.C.)

Por NELSON CRESPO

Magna es la misión que Jesús encomendó a los apóstoles y a sus sucesores: “Vayan y hagan discípulos de todas las naciones, enséñenle a guardar todo lo que les he mandado”

Los apóstoles, con la efusión del Espíritu Santo, tomando como asidero la promesa del Señor de estar con ellos todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28, 20), se dispersan por el orbe conocido de entonces: Pedro, después de Jerusalén irá a predicar en Roma, luego de su paso por Antioquia; Andrés, su hermano, irá al mundo griego; Tomás irá primero a Siria y Persia para luego dirigirse al oeste de la India, y así el resto de los doce apóstoles.

En cada uno de estos lugares los discípulos anuncian a viva voz aquello que han visto y oído (Hch 4, 20), aquello que contemplaron y palparon sus manos (1Jn 1, 1). El eje de su predicación serán las enseñanzas de Jesús, su vida, sus hechos, su pasión, ... su Resurrección. Esta predicación oral pronto va a tener necesidad de fijación escrita, sobre todo ante los desafíos que traía consigo la diversidad de contextos y culturas en los cuales el evangelio intenta echar raíces y la consiguiente dispersión territorial de aquellos que habían sido constituidos en columnas de la Iglesia.

El Espíritu los guiará a la verdad plena (Jn 16, 13).

A partir de entonces los apóstoles comienzan un intercambio epistolar con sus nuevos discípulos (Filemón, Tito...), con iglesias particulares (Filipo, Colosas, Efeso...), así como con grupos de éstas (epístolas universales de Pedro, Juan, Santiago...). En ellas, con su autoridad apostólica, dan recomendaciones, deciden cuestiones discutidas, emi-

ten fallos doctrinales... Será en estas fechas, ante los conflictos que surgían entre los conversos procedentes del judaísmo y los del mundo gentil, que los apóstoles realizan en la Ciudad Santa lo que pudiéramos llamar el “primer Concilio” (Hch 15).

El “Protoconcilio” de Jerusalén marca en cierto modo la mayoría de edad de la Iglesia primitiva que comienza a andar con pasos propios, deslindándose del entorno judío que había sido su cuna. Luego los mismos apóstoles, o sus discípulos inmediatos, consignarán por escrito la Buena Nueva, el Evangelio.

Para la Iglesia era (y es) de vital importancia custodiar el contenido de la fe revelada, fe que tendrán que profundizar y explicar según el lenguaje de los hombres a quienes dirigen su mensaje. Elemento angular de esta fe transmitida es el insondable misterio de la encarnación del Verbo Eterno en la persona histórica de Jesús de Nazaret.

En los números anteriores nos hemos acercado a la plena divinidad y humanidad de la Palabra hecha carne. Ello lo realizamos a partir de las Escrituras canónicas, aquellas que nacen, en la Iglesia, de la prédica de la primera generación apostólica en el siglo I.

Hoy nos acercaremos al anuncio que hacen de ésta aquellos que son erigidos por la misma Iglesia, (y en ella), depositarios de la sucesión apostólica y, en virtud de este Magisterio, tienen la misión, guiados por el Espíritu Santo, de custodiar y transmitir la fe de que son depositarios; confirmando a sus hermanos (Lc 22, 32) en aquello que, como cristianos, los obliga a una adhesión irrevocable.

Salieron de entre nosotros; pero no eran de los nuestros. Si hubiesen

sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros (1Jn 2, 19).

Las primeras desviaciones doctrinales que tuvieron que enfrentar los sucesores de los apóstoles no negaron tanto la divinidad de Jesús como sí su humanidad. Baste mencionar la corriente gnóstica que floreció en los siglos II y III, (de la cual proceden buena parte de los denominados evangelios apócrifos), que sostenía que Jesús, en cuanto Dios, no era, en consecuencia, verdaderamente hombre.

A finales del siglo II, San Ireneo de Lyon en su obra *Adversus haereses*, salía en defensa del dogma cristiano contra las herejías de su tiempo, y cuestionaba: “¿Cómo podrían los hombres lograr la salvación, si Dios no hubiese obrado su salvación sobre la tierra? ¿O cómo habría ido el hombre a Dios, si Dios no hubiese venido al hombre?”

¿Contra qué herejías escribía en estas tempranas fechas San Ireneo de Lyon? Es difícil sintetizarlas. Son las mismas de ayer y de hoy, las mismas que, aunque múltiples y matizadas, pudiéramos agrupar en dos tendencias: 1º. - Los que niegan la divinidad de Jesús, aquellos que ven a Cristo sólo como un simple hombre, dotado de una sabiduría divina, o como una apariencia de un eón emanado del Ser divino.

2º.- Los que niegan su humanidad, aquellos que consideran que lo humano es despreciable por naturaleza y, por tanto, Cristo, en cuanto Verbo Eterno, no habría podido tener un cuerpo material, siendo su cuerpo sólo aparente.

¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ese es el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre. Quien confiesa

al Hijo posee también al Padre (I Jn 2, 22-23).

El apóstol Pablo, alrededor de los años 56-62, recordaba a los Filipenses que a Jesús “Dios le exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre” (Fil 2, 9). Al respecto San Atanasio (293-373) comenta: “Esta expresión ‘le exaltó’, no pretende significar que haya sido exaltada la naturaleza del Verbo; en efecto, este último ha sido y será siempre igual a Dios. Por el contrario, quiere indicar la exaltación de la naturaleza humana. Por tanto, estas palabras no fueron pronunciadas sino después de la Encarnación del Verbo para que apareciese claro que términos como ‘humillado’ y ‘exaltado’ se refieren únicamente a la dimensión humana. Efectivamente, sólo lo que es humilde es susceptible de ser ensalzado”.

Estas palabras, tomadas del *Adversus Arianos*, son dirigidas por San Atanasio contra los arrianos, movimiento que tuvo que enfrentar la Iglesia a comienzos del siglo IV. Ya desde el siglo III la Iglesia se vio en la necesidad de afirmar frente al obispo de Antioquia, Pablo de Samosata, en un Concilio reunido en la propia ciudad (años 264-268), que Jesucristo es Hijo de Dios por naturaleza y no por adopción. Poco

En el Concilio de Nicea la Iglesia, junto a la reafirmación dogmática de la plena divinidad del Verbo hecho carne, sostiene y defiende al unísono la verdadera humanidad de Jesús...

después Arrio, sacerdote de Alejandría (256-336), comenzó a propugnar que Jesucristo no es Dios; aún cuando sea preexistente al nacimiento del seno de María, sino que es creado en el tiempo.

La herejía arriana poco a poco fue extendiéndose, amenazando con dividir la Iglesia. El Concilio de Nicea (año 325) condena el arrianismo y al hacerlo formula, con las palabras que aún hoy se repiten en el Credo de la misa dominical, que el Hijo de Dios es “engendrado, no creado, de la misma sustancia que el Padre”; expresando en una fórmula adaptada a la cultura griega de entonces, un elemento cardinal que en boca de Jesús surca todo el Nuevo Testamento: “El Padre y yo somos Uno” (Jn 10, 30).

Declara en su definición el Concilio de Nicea:

“Creemos... en un solo Señor Jesucristo Hijo de Dios, nacido unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, consustancial al Padre por quien todas las cosas fueron hechas, las que hay en el cielo y las que hay en la tierra, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se encarnó, se hizo hombre, padeció, y resucitó al tercer día, subió a los cielos, y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”.

Muchos seductores han salido al mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Ese es el Seductor y el Anticristo (2 Jn 1, 7).

En el Concilio de Nicea la Iglesia, junto a la reafirmación dogmática de la plena divinidad del Verbo hecho carne, sostiene y defiende al unísono la verdadera humanidad de Jesús, la cual también era objeto de discusión desde mucho tiempo antes, en particular por parte del docetismo, movimiento que sostenía que Jesús no tenía un cuerpo verdadero sino solamente una “aparición de carne”.

De ello se desprendía que en la encarnación y en la Cruz teníamos sólo una “ilusión de carne”, en abierto contraste con las Escrituras que afirmaban que el Verbo realmente se hizo carne

(Jn 1, 14) y a la tradición cristiana que siempre confesó a Jesús como verdadero hombre. A lo anterior se añadían opiniones como las del obispo de Laodicea, Apolinar (310-390), y sus seguidores (apolinaristas), según los cuales en Jesús no pudo haber un alma humana verdadera, porque habría sido sustituida por el Verbo de Dios.

El Papa San Dámaso I (366-384), en carta dirigida a los obispos orientales (año 374), rechaza al unísono los errores de Arrio y de Apolinar. Expresa la carta del Papa en una de sus partes:

“Aquellos (los arrianos) ponen en el Hijo de Dios una divinidad imperfecta; éstos (los apolinaristas) afirman falsamente una humanidad incompleta en el Hijo del Hombre. Pero, si verdaderamente ha sido asumido un hombre incompleto, imperfecta es la obra de Dios, imperfecta nuestra salvación, porque no ha sido salvado todo el hombre... Y nosotros, que sabemos que hemos sido salvados en la plenitud del ser humano, según la fe de la Iglesia Católica, profesamos que Dios, en la plenitud de su ser, ha asumido al hombre en la plenitud de su ser”.

Poco después el Concilio I de Constantinopla (año 381) condenará a los apolinaristas, reafirmando dogmáticamente la plena humanidad de Jesús, a la que pertenece por su naturaleza un alma humana verdadera (y, por tanto, un verdadero intelecto humano y una libre voluntad).

Después de estos decretos conciliares, cuando se creía zanjado el tema, surgió una nueva y sutil controversia enarbolada en esta ocasión por Nestorio, Patriarca de Constantinopla (428-431), quien propugnaba que la divinidad y la humanidad de Jesús no se habían unido, como en un solo sujeto personal, en el ser terreno que había comenzado a existir en el seno de la Virgen María desde el momento de la Anunciación. Nestorio hablaba de una presencia especial de Dios en la humanidad de Jesús, como en un ser santo, como en un templo, de manera que subsistía en Jesús una dualidad no sólo de naturaleza, sino también de personas, la divina y la humana.

El Concilio de Efeso (año 431) condena la herejía de Nestorio, reafirmando que Cristo es el Verbo eterno, Dios



de Dios, que como Hijo es “engendrado” desde siempre por el Padre y, según la carne, nació, en el tiempo, de la Virgen María. Expresa el Concilio:

“Confesamos, consiguientemente, a Nuestro Señor Jesucristo Hijo de Dios unigénito, Dios perfecto y hombre perfecto compuesto de alma racional y de cuerpo, antes de los siglos engendrado del Padre según la divinidad, y el mismo en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, nacido de María Virgen según la humanidad, el mismo consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad y consustancial con nosotros según la humanidad. Porque se hizo la unión de dos naturalezas (humana y divina), por lo cual confesamos a un solo Señor y a un solo Cristo”.

Sin embargo, a partir de esta declaración del Concilio de Efeso, los monofisistas comenzaron a propugnar que en tal unión la naturaleza humana había sido absorbida por la divina, o la divina por la humana, o que de ellas resultó una tercera, una especie de mezcla física. El Concilio de Calcedonia (año 451) para una mejor precisión del sujeto de esta unión de naturalezas, introdujo el término “persona”. La fórmula de la definición del Concilio de Calcedonia repetirá la de Nicea y Constantino-pla y hará suya la doctrina de Efeso para declarar: “Siguiendo, pues, a los santos Padres, unánimemente enseñamos a confesar a un solo y mismo Hijo: el Señor Nuestro Jesucristo..., uno y mismo Cristo Señor unigénito: en dos naturalezas, sin confusión, in-

mutables, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo, Señor Jesucristo, como de antiguo acerca de Él nos enseñaron los profetas, y el mismo Jesucristo, y nos lo ha transmitido el símbolo de los Padres”.

No seamos llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina (Ef 4, 14).

La defensa de la fe de la Iglesia contra los errores que la acechan obliga a reafirmar una y otra vez lo que es necesario creer y lo que es accesorio. A pesar de los siglos transcurridos, los desafíos actuales son parecidos a aquellos a los que tuvo que hacer frente la Iglesia primitiva: guardar en su predicación y en su acción la integridad de la fe revelada en Jesucristo.

Como ayer, hoy sigue dándose entre los cristianos la tendencia de los que acentúan la divinidad de Cristo, con el consiguiente detrimento de su humanidad, (Cristo es Dios con apariencia de hombre); y la de los que ponen el acento en su humanidad, con el consiguiente detrimento de la divinidad, (Cristo fue un hombre adoptado por Dios, pero no era Dios).

Estas tendencias se dan en nuestros días no tanto en forma de doctrinas teóricas, sino más bien en forma de com-

portamientos determinantes en la vida cristiana. De este modo tenemos, de una parte, lo que pudiéramos llamar, en palabras del P. José María Castillo, sj, un “monofisismo práctico” y, de otra, lo que pudiéramos denominar un “cristianismo ateo”.

El monofisismo como doctrina teológica fue condenado en el Concilio de Calcedonia. Pero como tentación práctica ha pervivido y pervive en muchos cristianos que hablan y conciben de tal manera a Cristo, que tienen mucho cuidado en no decir o hacer nada que atente contra su divinidad, pero resulta que, al mismo tiempo, dicen y hacen cosas difícilmente conciliables con lo que es su condición humana, anunciado así a un Jesús totalmente desencarnado, pre-ocupado más por los derechos de Dios, que por los derechos de los hombres.

La reacción opuesta al monofisismo práctico es lo que se ha venido en llamar “cristianismo ateo”, una manera de pensar y de actuar que ve en Jesús a un hombre ejemplar, pero nada más que eso; sin faltar ocasiones en que este Jesús mutilado es reconocido más como un revolucionario socio-político, que como el Hijo de Dios del que nos habla el Evangelio.

El que a ustedes escucha, a mí me escucha (Lc 10, 16).

Hace poco más de 18 siglos San Ireneo escribía en su tratado contra los herejes: “La gloria del hombre es Dios, pero el receptáculo de toda acción de Dios, de su sabiduría, de su poder, es el hombre”. Este sublime intercambio llega a su cenit en el ser de Jesucristo, Logos Eterno, luz y razón de todas las cosas (Jn 1, 4. 9). El es Aquel que, usando palabras del Papa Juan Pablo II, se encarna y se hace presente en medio de los hombres y de las cosas, en el corazón de la historia, para ser, según el designio de Dios Padre, la cabeza ontológica del universo, el Redentor y Salvador de todos los hombres, el Restaurador que recapitula todas las cosas del cielo y de la tierra (Ef 1, 10).

